

ESTHER LUQUE MUÑOZ,

RELEVANT FIGURE IN THE HISTORY OF MEXICO

Recibido: julio 28 de 2020

Aprobado: agosto 18 de 2020

ESTHER LUQUE MUÑOZ,

FIGURA RELEVANTE
DE LA HISTORIA DE MÉXICO

IXTLAXOCHITL RODRÍGUEZ RÍOS
MARK IVÁN ROJAS ARELLANO

RESUMEN

A través de un relato en primera persona abordaremos a una de las científicas más sobresalientes en la historia de la ciencia en México. Reconocida como la primera farmacéutica mexicana, Esther Luque Muñoz se impone y destaca en el ejercicio de su carrera profesional y académica en una época en la que esos caminos estaban vedados para las mujeres.

Palabras clave: científicas, historia, química, farmacia, botánica, educación, profesión.

ABSTRACT

Through a first-person account we will approach one of the most outstanding scientists in the history of science in Mexico. Recognized as the first Mexican pharmacist, Esther Luque Muñoz prevails and stands out in the exercise of her professional and academic career at a time when these paths were forbidden for women.

Keywords: Scientists, History, Chemistry, Pharmacy, Botany, Education, Profession.

IXTLAXOCHITL RODRÍGUEZ RÍOS

Licenciada en Historia por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), maestra en Defensa y Promoción de los Derechos Humanos por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y una especialidad en Estudios de Género por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Ha sido asistente de investigación en El Colegio de México (Colmex) y en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Unidad Iztapalapa. Realiza labores docentes en investigación en los niveles Medio Superior y Superior.

MARK IVÁN ROJAS ARELLANO

Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la licenciatura en Historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), escribe artículos sobre la cultura rastafari y es traductor al español de académicos relacionados con dicho tema, como Chevannes, Nettleford, Hill, entre otros.

PRIMEROS AÑOS DE FORMACIÓN

Mi nombre es Esther Luque Muñoz y me conocen como la primera farmacéutica mexicana. Soy originaria de Pachuca, ciudad minera llamada “la bella airosa”, así es conocida allende sus fronteras. Ahora pareciera lejano el tiempo en que por primera vez vi la luz en este mundo, llegué un 10 de diciembre del año 1884 y creo que ha sido notable el tiempo que me ha tocado vivir, pues pude atestiguar el cambio de siglo. Recuerdo que mis padres me platicaban que el año en que nació instalaban el telégrafo en la ciudad, justo en la parte que iba del Palacio a la Inspección y Cuartel, también me contaban que, al año siguiente, el telégrafo ya funcionaba en todos los distritos del estado. Sin embargo, lo que más recordaba mi madre, era que dos meses antes de que yo naciera ocurrió una gran inundación, desbordándose el río de las Avenidas debido a la intensa lluvia, ocasionando muchos muertos y graves pérdidas económicas (De Paula, 1986, p. 70).

Tuve una niñez agradable, en la que siempre disfruté y me regocijé observando las obras de la naturaleza, como toda niña me gustaban intensamente las plantas y las flores que tenía a mi alrededor e incluso había ocasiones en que salíamos a dar paseos familiares en las cercanías de la ciudad, donde entré en contacto con la rica variedad de plantas y animales propios de mi tierra natal. Puedo afirmar que en casa mis padres siempre me procuraron y velaron por mí. Recuerdo que a mi padre a veces le llegaban algunos periódicos locales como *El Explorador*, *El Minero de Pachuca*, y *El Reconstructor* (De Paula, 1986, p. 63), ocasionalmente papá también leía el capitalino *El Diario del Hogar*; desde que era pequeña los diarios y las noticias siempre fueron comentados por mis padres, dando

lugar a largas conversaciones sobre la situación del estado y del país.

Para mis primeras letras, mi padre me inscribió en un colegio particular cercano a la casa, ahí fue donde seguí perfeccionándome en las nociones básicas de leer, escribir y “hacer cuentas”, como le decía mi madre; posteriormente fui a la Escuela para Niñas No. 8 en esta misma ciudad (Martínez, 2003, p. 103). Ahí aprendí cosas maravillosas, además de las materias tradicionales de lectura y escritura, un poco de álgebra y la geometría, me gustaba el dibujo, la historia, y la geografía, pero amaba especialmente el idioma francés y las clases de física, medicina y por supuesto de música. Recuerdo que en esa época a nosotras no nos querían enseñar mucho las ciencias pues éstas se consideraban un campo exclusivo de los hombres. Eso siempre me pareció injusto ya que muchas de nosotras ansiábamos aprender y saber sobre esas cosas.

En ese sentido, debo admirar y ponderar el deseo y la capacidad de mis padres para que yo siguiera estudiando, y así lo hice. De manera tal que ingresé al Instituto Científico y Literario del Estado de Hidalgo, establecimiento de estudios preparatorios. Mi paso por el Instituto fue trascendental para la elección de mi futuro. Ingresé en 1898, cuando la escuela era prácticamente nueva, hacía sólo ocho años que había habido una importante reforma para “seguir los parámetros de la ciencia dura experimental para el desarrollo del conocimiento científico” (Soberón, 2011, p. 42), así pues, conté con gran fortuna, debido a que la escuela a la que fui tenía a la ciencia como el principal eje educativo.

En el Instituto tuve la oportunidad de familiarizarme aún más con instrumentos modernos para las clases de química, física y geografía. Mis lecciones de historia natural eran interesantísimas con los distintos objetos y materiales destinados para ella.

Asimismo, la enorme colección de mineralogía y geología era objeto de mi curiosidad y atención, no se diga los fabulosos instrumentos para la clase de topografía, sin embargo, mis favoritos eran los diversos aparatos para el gabinete de física y los varios ejemplares de plantas para la clase de botánica. Con gran orgullo puedo decir que durante mi estadía en el Instituto gocé inmensamente de los numerosos libros habilitados para los estudiantes del plantel en los estantes de la enorme y admirable biblioteca (Soberón, 2011, p. 42).

Al término de mis estudios preparatorios, mis padres me apoyaron e impulsaron enormemente para la elección de una carrera profesional. Sin embargo, no está de más recordar la situación de desigualdad que se observaba hacia las mujeres en el ámbito del ejercicio profesional en esas épocas. En realidad, había muy pocas oportunidades para la elección de una carrera profesional. Si bien es cierto que la sociedad de mi tiempo comenzaba a propiciar las condiciones para nuestro acceso a una educación superior, la realidad era que había infinitas diferencias y ventajas de los hombres en detrimento de nosotras. Los números y las estadísticas hablan por sí solos (Arauz, 2015, pp. 196-197).

Por ejemplo, cuando estudiaba en el Instituto Científico y Literario en Pachuca, las únicas carreras profesionales que se impartían allí eran las de Ensayador y apartador de metales, la de Ingeniero topógrafo e hidrógrafo y la de Ingeniero de minas y metalurgista. Aunque sin duda me atraían las ciencias, dedicarme a las tareas propias del ramo minero estaba lejos de mis deseos y aspiraciones. Fuera de la entidad había otras posibilidades de cursar carreras, pude haber elegido la del magis-

terio, cursándola en la Escuela Normal de Profesoras, o quizás la de médica o tal vez la de farmacéutica en la Escuela Nacional de Medicina, incluso pude haber elegido la abogacía en la Escuela Nacional de Jurisprudencia o la de ingeniería en la Escuela Nacional de Ingenieros.

En realidad, según el pensamiento de la época, ninguna carrera estaba vedada o prohibida a nosotras las mujeres (Alvarado, 2000, p. 1); no obstante, en los hechos, eran innumerables los obstáculos que enfrentábamos. Con algunas excepciones, la concepción reinante sobre las mujeres era que debíamos ser retenidas en el ámbito férreo y cerrado del hogar y si dado el caso ingresábamos al mercado laboral, sabíamos que éste se encontraba dominado, estructurado y enfocado hacia el mundo masculino (Bazant, 1986, pp. 143-146).

Todo eso lo sabía yo muy bien, pero de igual manera los nombres de Matilde Montoya y Columba Rivera (ambas pioneras como médicas egresadas de la Escuela Nacional de Medicina) o el de María Sandoval (abogada recién graduada) (Alvarado, 2000, p. 11), resonaban en mi interior, motivándome a forjar un mejor futuro en mi vida y a profundizar en el conocimiento científico que tanto me entusiasmaba.

Finalmente, opté por estudiar la carrera de Farmacia que se impartía en la Escuela Nacional de Medicina en la Ciudad de México. Regularmente a nosotras se nos empleaba como ayudantes o auxiliares de farmacia y de boticas; muy rara vez ocupábamos la titularidad o rango de farmacéutico. Yo detestaba esa situación, no obstante, en mi mente siempre tuve objetivos superiores claros y definidos, sabía que a base de trabajo y mucho esfuerzo



Mi nombre es
Esther Luque
Muñoz y me
conocen
como la
primera
farmacéutica
mexicana”.



Al término de mis estudios preparatorios, mis padres me apoyaron e impulsaron enormemente para la elección de una carrera profesional”.

podía cumplir mis propósitos de lograr ser una profesionista y académica reconocida y no solamente una ayudante, dependiente o preparadora de medicinas en una farmacia o botica.

Por supuesto que trasladarme a estudiar a una ciudad distante me planteó nuevos desafíos, y aunque la gran capital estaba a sólo 94 kilómetros de Pachuca, el cambio significó contemplar nuevos horizontes, muy amplios y diferentes que los que pude alcanzar de haberme quedado en mi ciudad natal, pero recordemos que ahí no había opciones para cursar la carrera de Farmacia.

La Escuela Nacional de Medicina estaba ubicada en el antiguo Palacio de la Inquisición, en Santo Domingo, y cuando asistí era entonces director de la institución el doctor Eduardo Liceaga. La escuela en ese tiempo formaba profesionales de la salud como médicos, farmacéuticos y parteras (Rodríguez, 2010, pp. 405-406). A mí me tocó el plan de estudios de la carrera de Profesora de Farmacia de 1893, dicha carrera la cursé en tres años. A grandes rasgos, durante el primer año adquirí nociones de farmacia teórico-práctica, mientras que en el segundo aprendí tanto historia natural de las drogas simples como el primer curso de análisis químico general y en el último año de la carrera, llevamos el segundo curso de análisis químico (León, 2010, p. 151).

Así, en la escuela de medicina pude saber acerca de las diversas drogas procedentes de la flora que crece en nuestro país, conocí muchas plantas, semillas y

toda la serie de sustancias medicinales que se producían a partir de éstas; observé innumerables drogas, sueros y ampollitas, así como los diferentes instrumentos que se usaban para su elaboración (Rodríguez, 2010, p. 413). En suma, fui adquiriendo conocimientos relativos a la historia natural de las drogas, sobre todo provenientes de plantas mexicanas, su análisis y su química. También tengo muy buenos recuerdos de las muchas veces que acudí a la biblioteca de la escuela a consultar alguno de sus ejemplares bellamente empastados y siempre oliendo a cuero; aunque la gran mayoría de libros estaban en francés había algunos en idioma inglés.

Para obtener el título, debí realizar ciertas prácticas de farmacia, yo las hice en el Botiquín del Hospital de San Andrés, ubicado frente a la entonces Escuela Nacional de Ingenieros, que hoy llaman Palacio de Minería; también practiqué y me formé en el Botiquín del Hospital Juárez, que se encontraba en la plaza de San Pablo por los rumbos de la Merced. Todos esos sitios, la Escuela de Medicina, el Hospital de San Andrés y el Hospital Juárez, se encontraban muy cerca unos de otros, en ese entonces la ciudad era pequeña, por lo que mi preparación profesional estuvo enmarcada espacialmente en los límites de la metrópoli de esta capital.

Finalmente, y tras cargar a costas todo el bagaje técnico y científico que había adquirido en mis años de formación en la Escuela de Medicina, presenté mi examen profesional teórico un 27 de septiembre de



Fui adquiriendo conocimientos relativos a la historia natural de las drogas, sobre todo provenientes de plantas mexicanas, su análisis y su química”.

1906 (Martínez, 2003, p. 103). En él expuse ampliamente mi tesis titulada: “Algunas consideraciones sobre la utilidad e importancia de los estudios bacteriológicos en la carrera del farmacéutico”, trabajo donde señalé el valor de los estudios prácticos bacteriológicos para la conservación de la salud. Al siguiente día realicé el examen práctico en el laboratorio de química de la propia escuela.

Vale la pena aclarar que el tema y la idea de lo que presenté en mi tesis provinieron de mis primeros contactos con el Instituto Bacteriológico Nacional, entré a trabajar como preparadora en la sección de química biológica de ese centro desde el 15 de marzo, así que, al tiempo de presentar mi tesis, llevaba medio año de familiarizarme con las tareas encomendadas a la sección las cuales comprendían “realizar investigaciones y controles de medios de cultivo, análisis y determinaciones clínicas, verificación de concentraciones de sueros y globulinas y estudios de química biológica general en relación con las bacterias” (Martínez, 2003, pp. 104-105).

Al final, felizmente fui aprobada unánimemente por mis sinodales. Debo mencionar que, de ellos, José Donaciano Morales, Víctor Lucio, Alejandro Uribe y Juan Manuel Noriega los conocía bien pues habían sido mis profesores en la carrera. Indudablemente, mis sinodales pertenecían a ese círculo estrecho de especialistas en farmacia y química, quienes:

Formaron amplias redes sociales y sus actividades abarcaron una buena parte

de las nuevas especialidades de la química. Además, los caracterizó su intensa participación tanto en la enseñanza, la investigación y los servicios, como en la formación de sociedades científicas e instituciones académicas. (Schifter y Aceves, 2016, pp. 78-79).

Tras aprobar mis exámenes me convertí en la primera mujer en terminar la carrera de Profesora de Farmacia.

EJERCICIO DE UNA PROFESIÓN

... en concepto del vulgo la carrera de farmacéutico se considera erróneamente como el arte de preparar recetas, sin tomar en consideración que la instrucción que reciben, los prepara convenientemente, no sólo para abordar la farmacia desde el punto de vista científico, sino para resolver los problemas de la más alta importancia industrial, que es en la actualidad la tendencia que tiene la instrucción química que se imparte a los alumnos en la tantas veces citada Facultad.

Martínez, 2003

Empecé a trabajar desde antes de obtener el título de profesora de farmacia; respecto a mi empleo como preparadora en el Instituto Bacteriológico Nacional, empecé ganando 481.80 pesos anuales, pero cuando ascendí a ayudante mi sueldo aumentó a 1514.75 pesos al año. Trabajé ahí de 1906 a 1914 (Cuevas, 2007, pp. 55-56). En 1906, también di clases en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para señoritas, laborando como preparadora de química, física y botánica. Mi tarea ahí era formar



técnicamente a las jóvenes con nociones de farmacia elemental con el objetivo de que pudieran emplearse como auxiliares de despacho en cualquier farmacia (Martínez, 2003, p. 89). En esa escuela también fui ayudante encargada de la enseñanza práctica de farmacia, así como profesora de historia natural.

Por otra parte, mi relación laboral y académica con el maestro Juan Manuel Noriega continuaría con el paso del tiempo, es más, puedo decir que nuestra vida estuvo estrechamente ligada. En este sentido, por el año de 1915 en la Escuela Nacional de Medicina, fui su profesora ayudante interina de la materia de historia natural aplicada a las drogas simples y nociones de micrografía y microfotografía; posteriormente, participé como su ayudante siendo él profesor de prácticas de la

clase del segundo curso de la materia de Historia Natural General y Aplicada a la Farmacia. En ambos casos yo era la encargada de las clases prácticas.

Lo que aprendían los alumnos y alumnas era fascinante, con un trabajo de tipo interdisciplinario veíamos nociones de botánica, de zoología y de mineralogía relacionadas a la farmacia. La instrucción de los escolares implicaba también introducirlos y adiestrarlos en el uso de instrumentos modernos como el microscopio, el microscopio de disección, el micrómetro de mano y automático, el micrómetro objetivo y ocular, la cámara clara y la cámara microfotográfica (Martínez, 2003, pp. 63-65). Por lo que toca a la materia de Historia Natural General y Aplicada a la Farmacia, formaba parte del plan de estudios de 1917-1919, su enseñanza se dividía en zoología y en mineralogía cen-



Tras aprobar mis exámenes me convertí en la primera mujer en terminar la carrera de Profesora de Farmacia”.

trándose en las especies de mayor utilidad industrial, económica y farmacéutica (Martínez, 2003, p. 73).

Por el año de 1919 ocurrió una modificación sustancial en el área de la farmacia. La disciplina finalizó su desplazamiento del ámbito de las ciencias médicas al de las ciencias químicas y biológicas. El cambio se reflejó en el retiro de la farmacia y los farmacéuticos de mi querida Escuela Nacional de Medicina y se movieron hacia la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional, que, al sumarse los farmacéuticos, cambió de nombre a Facultad de Ciencias Químicas y Farmacia (Martínez, 2003, p. 122). En esa escuela formé parte del cuerpo de maestros, en ese mismo año fui profesora de botánica y zoología, y a partir del siguiente año me nombraron ayudante del profesor técnico de la industria farmacéutica, quedando por tanto encargada del taller de la misma; sin embargo, dejé el puesto, pues en 1921 me designaron como ayudante de profesor de la materia Historia Natural General y Aplicada a la Farmacia (Martínez, 2003, p. 107).

También en ese año a nosotros los farmacéuticos que veníamos de medicina y que trabajábamos como profesores en la facultad, nos reconocieron como químicos honorarios asignándonos el título correspondiente, yo lo recibí el 8 de junio de 1921. De esta forma, además de farmacéutica oficialmente ahora era química (Martínez, 2003, p. 107).

Por otro lado, siempre consideré la enseñanza y la transmisión de saberes aprendidos como algo importantísimo, en ese

sentido, considero que la formación que recibí de mis maestros fue excelente, sobre todo teniendo en cuenta que me preparaban a su vez para que yo misma formara y preparara a otros. De este modo, ejercí la docencia prácticamente desde antes de titularme, muchas veces como ayudante, pero esforzándome por lograr la titularidad en la impartición de materias. Cosa que obtuve cuando en febrero de 1931 me designaron profesora titular de la materia de farmacognosia, en la Facultad de Ciencias Químicas y Farmacia. Después ocupé la titularidad de la misma materia en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas. A lo largo de mi vida he sido maestra impartiendo muchas materias, pero me retiré de la docencia en 1944, en parte a causa de mi salud (León, 2010, pp. 152-153). Sin embargo, no olvido que contribuí un poco en haber formado a tantas generaciones de hombres y mujeres jóvenes, ello me produce una inmensa satisfacción.

CONSIDERACIONES FINALES

En el pasado siglo los gobiernos emanados del liberalismo político señalaron la necesidad de incorporar personal femenino al mercado laboral, respecto a la materia farmacéutica nos querían como empleadas de farmacia o de boticas, sin embargo, hubo quienes, como yo, rechazamos ese destino señalado de “ayudantes invisibles”. Puedo decir que nadé a contracorriente de lo establecido por la sociedad de mi tiempo. Yo no quise estar atada a un matrimonio o al cuidado de los hijos, por ello preferí



De esta forma,
además de
farmacéutica
oficialmente
ahora era
química”.

buscar mi propia autonomía como mujer a través de la autosuficiencia económica, así que me preparé y cuando pude hacerlo entré a trabajar.

Afortunadamente pude dedicarme a algo que amaba, y como alumna, maestra o investigadora encontré una gran satisfacción personal. Considero que he logrado el reconocimiento de hombres y mujeres en las instituciones, sociedades y centros de trabajo en los que colaboré. Quiero mencionar que, aunque nací en condiciones de desventaja en comparación a las de los hombres, pude lograr tantas cosas en los diferentes espacios laborales y académicos donde me tocó estar, debido fundamental y principalmente a mi trabajo y dedicación.

De mi vida personal, no soy muy afecta para hablar, quizás habremos de esperar a quienes se interesen en saber esa parte de mi existir. Entonces, hace falta mucho por descubrir e investigar sobre mi persona, por ejemplo, hasta el momento mis biógrafos han omitido investigar datos sobre mis primeros años de vida, información fundamental para poder trazar mi trayectoria o historia de vida. ¿Cómo me formé en esos tempranos años? ¿En qué medio familiar, cultural, intelectual y social me hallé y desarrollé? ¿Qué condiciones posibilitaron mi educación, avance académico

y laboral? Son múltiples las interrogantes y también lo son los resultados que podrían obtenerse sobre mí, la primera farmacéutica mexicana.

REFERENCIAS

Alvarado, M. (2000). “Abriendo brecha. Las pioneras de las carreras liberales en México”. *Revista de la Universidad de México* (596), pp. 11-17.

Arauz, D. (2015). “Primeras mujeres profesionales en México”. *En Historia de las mujeres en México*. pp. 196-197. Ciudad de México: INEHRM-SEP.

Bazant, M. (1985). Debate pedagógico durante el porfiriato. Ciudad de México: Ediciones El Caballito.

Cuevas, C. (2007). “Ciencia de punta en el Instituto Bacteriológico Nacional (1905-1921)”. *Historia Mexicana*, LVII (1) pp. 53-89.

De Paula, V. (1986). Efemérides pachuqueñas. Ciudad de México: UAEH.

León, F. (2010). “Esther Luque: primera farmacéutica mexicana”. *Educación Química*, 21 (2). Recuperado de: [http://dx.doi.org/10.1016/S0187-893X\(18\)30165-4](http://dx.doi.org/10.1016/S0187-893X(18)30165-4)

Martínez, S. (2003). “Desarrollo y transformación de la farmacia en México (1890-1920)”. El caso de las primeras mujeres farmacéuticas. (Tesis de Licenciatura). Ciudad de México: UNAM.

Rodríguez, M. (2010). La Escuela Nacional de Medicina en los tiempos del centenario. En *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social*. 48 (4). México; Instituto Mexicano del Seguro Social.

Schifter, L. y Aceves, P. (2016). “Los farmacéuticos y la química en México (1903-1919): prácticas, actores y sitios”. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* 51 (72-92).

Soberón, G. (pról.). (2011). Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Cincuenta Aniversario. Hidalgo: UAEH.